

teza, con una seguridad, que parece haber hecho estudios simultáneamente de sociología, psicología e historia del Perú». No menos polémico como axioma es su comentario que los prototípicos escritores de México «No dicen la verdad por disciplina profesional y por mexicanos».

Si el colombiano Gamboa dice no haber «encontrado grandes rupturas entre la literatura escrita en América en los años sesenta, en los setenta y en los noventa», la única que le parece importante ha sido la que se dio con el fin del realismo mágico. Tiene razón, y Gamboa es el único que dedica más de una mención o páginas a esa otra narrativa en español que es poderosa hoy: la española, de Vila-Matas, Marías y pocos otros. La elegancia de Gamboa queda atenuada por su discusión de «los hijos de Bukowski y los primos de Bret Easton Ellis», aunque algunos escritores jóvenes pegarán un grito al cielo al leer que para Gamboa ellos tienen en común «una enriquecedora admiración por la obra de Mario Vargas Llosa». El resto de su registro es previsible y convencional, aunque el que vuelva a autores españoles es refrescante. Jorge Franco, compatriota de Gamboa y el colombiano a quien García Márquez le entregaría «la antorcha», provee un periplo tradicional. Cuando habla de escritores se refiere al antiguo canon para señalar que «La ciudad como argumento no es, como tanto se ha dicho, un invento de las nuevas generaciones», y antes, que con la apertura social actual «a la hora de contar el sexo, no es mucho lo que queda por inventar, todos nuestros personajes terminan haciendo lo mismo, y con la misma sensación de derrota». Me quedo con el Franco novelista de *Paraíso travel*.

Como hoy, más que nunca, el medio es el mensaje, son bienvenidas las perspectivas de Paz Soldán y Rivera Garza. Si el primero ya «textualizó» las suyas en su narrativa, aquí quedan templadas por el subtexto de las deudas acumuladas e intereses creados. Rivera Garza, tal vez la narradora mexicana actual más potente –pero sin la recepción de los otros invitados– da una lección magistral respecto a qué hace un narrador joven con su pasado. Ambos autores delatan su formación estadounidense, apoyando sus opiniones con formalismos académicos. Mientras la mexicana es original y convincente respecto a lo que llama «blogescritura» (la escritura a la par de hombres y mujeres, sin fines profesionales o de lucro, en el ciberespacio) y su relación con las tradiciones y el canon (el suyo contiene a Cortázar, Macedonio, y a la genial desconocida estadounidense Kathy Acker), el boliviano recicla ideas y juicios lapidarios, y se dedica al trillado Fuguet (a pesar de sus

esfuerzos de autopromoción y, desde el 2002, de quedar bien con los maestros) y a Fresán. La realidad es que la *Mantra* de éste ha tenido una recepción pésima, y colaboradores de periódicos mexicanos como Christopher Domínguez Michael han demostrado por qué debe ser así.

Fresán es interesante, por sus fallas y verborrea, y su expansivo texto lo presenta como el proverbial rebelde sin causa, aunque revela gran inteligencia, ingenio e ironía. Como otros, es cuidadoso al nombrar precursores, el *boom*, e influencias. Pero desata su desordenado protagonismo al hablar de los problemas de «estilo» y su admiración por Puig. A pesar de lo manifestado por Vargas Llosa (en *Letras Libres* y en su columna quincenal) sobre Puig, es imposible separar a la cultura popular de la práctica de los nuevos narradores, y la deuda al respecto con el difunto escritor es grande. Esto no quiere decir que sea un valor definitorio o definitivo. La queja de Fresán en torno a «la consciente renuncia al estilo funcionando en perverso tándem con los mandamientos de las traducciones donde todo se hispaniza y donde  *fucking*  se convierte en  *puñetero*  y  *blue jean*  en  *tejano* . Eso sí me parece raro, inquietante, peligroso», es preocupante. ¿Sería óptimo decir  *pinche* ,  *puta* , y  *bluyín* ,  *mahones*  o  *mezclilla* ? Fresán apunta mal, hacia otro tipo de purismo lingüístico. Tal vez encuentre la solución en  *Diablo Guardián*  del mexicano Xavier Velasco (promovido por su editorial como «el sin grupo»), aun cuando la pregunta sobre esa novela es a qué clase social «bilingüe» (que lea) va dirigida.

No hay aquí –ni debía haber, por el bien de la narrativa– una cohesión intelectual o generacional, o gran ruptura (todos se llevan bien, no critican a sus padres, y quieren que les creamos). Se rompen clichés porque toda confrontación de pasado y presente los desbarata. Por eso Fresán no ve que ya nadie quiere quedarse en lo que llama el «irrealismo mágico», ni que él y su cohorte han pasado al «urbanismo mágico». Tampoco se habla de las redes construidas en revistas, relaciones con académicos y amigos escritores, y con editoriales (véase  *Opiniones mohicanas*  [2002] de Jorge Herralde), o de descifrar la «magia» de los maestros, o por qué las obras maestras te enseñan cómo leerlas. Entre líneas, y más allá del fastidio compartido hacia Allende, Sepúlveda, Esquivel, etc., hay menciones de escritores muy meritorios, como Villoro, Rey Rosa, Daniel Sada, Alan Pauls, Gonzalo Contreras, y varias veces Aira y Bellatin. Si estos están más cerca en edad a Bolaño, ¿fue eso razón suficiente para excluirlos de Sevilla, o el publicar en otras editoriales? La pregunta es retórica. El silogismo sigue siendo, como explica Bolaño: «Wilcock sólo es conocido en Argentina y únicamente

por unos pocos felices lectores. Ignoremos, por lo tanto, a Wilcock». Si se puede ver *Palabra de América* como una pipa de paz entre generaciones de narradores afectadas por las guerras culturales, este libro también sugiere que la polarización de nuestra sociedad es una cortina de humo para nuestra confusión interna sobre valores, morales y deseos. Los textos de Cabrera Infante y Pere Gimferrer, ya publicados, son polos forzosamente optimistas, aunque el cubano nota claramente los motivos ulteriores de este tipo de iniciativa. A la larga, no necesitamos una lista de grandezas sino balances de obras, y por eso hay que ser duro con estos nuevos narradores. No obstante, la necesidad de este libro es patente, aun considerando la indecisión del apostolado y cómo cada vez dista más de ser un *boom*, lo cual puede ser asunto del relativista momento generacional mayor al que pertenecen.



